

DON DOMINGO LARGO, UN CANÓNIGO PALENTINO ILUSTRADO Y POETA DEL SIGLO XVIII.

Manuel Carrión Gútez

El jesuita Juan Bonifacio, tan digno de recuerdo en Palencia, tejía, ya hace más de cuatro siglos, escribiendo a Francisco de Reinoso, Abad de Husillos, la alabanza general de la iglesia palentina “*cui tam multa sapientiae ac virtutis decora sunt*”, que equivaldría, en lo eclesiástico, al mote civil “armas y ciencia” (*De sapiente fructuoso epistolares libri quinque*, Burgos, 1589, dedicatoria). Dentro de este contexto, Domingo Largo, se halla en la cadena de canónigos ilustrados, atentos a los aires intelectuales de cada época y con el oído alerta a las necesidades de la sociedad civil que les rodeaba, que, junto a otros miembros de la misma, notables por muchos aspectos, han sabido dar lustre, siglo tras siglo al glorioso cabildo de la catedral palentina. D. Alfonso Fernández de Madrid, el Arcediano del alcor, en el siglo XVI; D. Pedro del Pulgar, en el XVII, D. Domingo Largo en el XVIII y, por fin y por no andar espigando en el XIX, D. Ramón Revilla Vierva o D. Jesús San Martín, en el nuestro, ya de despedida, han mantenido una tradición brillante de cultivo de la historia, de preocupación social y de atención preferente en su quehacer a los asuntos palentinos, que son, creo yo, los tres caracteres fundamentales que dejan ver este espíritu ilustrado, en especial de este Domingo Largo (con algunas dudas todavía sobre su identidad, que no he tenido tiempo de disipar ahora), a quien sin titubeos podemos considerar el Feijóo palentino. Domingo Largo añade, sobre las cualidades de todos los demás, su condición de poeta.

Tres libros se conservan de Largo que reflejan nítidamente estos tres aspectos, aunque es autor de otros de asunto más claramente eclesiástico y acorde con su condición de profesor de moral, seguramente en el seminario diocesano, en uno de los cuales no utilizó su seudónimo habitual de Manuel Pérez Valderrábano. Estos son, en pri-

mer lugar, *El Sublime, de Dionisio Longino* (traducido del griego por Don Manuel Pérez Valderrábano, Profesor Moralista de Palencia. Madrid: [s. i.], 1770), con un apéndice que atribuye a un amigo y que es un poema dedicado a Carlos III, del que parecía ser devoto admirador, del que se conserva ejemplar en al menos cinco bibliotecas y que es su primera obra publicada. La segunda de estas obras es *El Párroco autorizado abreviando matrimonios* (por D. Domingo Largo. Palencia, 1791) con ejemplar en la biblioteca de los franciscanos de Santiago de Compostela. De los otros tres, Francisco Aguilar Piñal (*Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*. T. V. Madrid: CSIC, 1989, s. v.), a quien estamos siguiendo para estas notas bibliográficas, no cita su obra sobre historia de Palencia, *Descripción de la ciudad de Palencia*, verdadera pequeña guía de la ciudad, publicada sin portada, al menos en mi ejemplar, en 1782 (según Tomás Muñoz y Romero en su *Diccionario bibliográfico-histórico*) y recientemente reeditada en edición facsimilar, pero sí las otras dos: *La Angelomaquia o Cayda de Luzbel. poema de ensayo para merecer el premio prometido y suspenso por la Real Academia Española* (Palencia, Xavier Riesgo y Gonzalorena, 1786) y *El Variologio y Colección de diferentes y muy diversos asuntos que en prosa y verso escribía Don...* (Palencia: Francisco Javier Riesgo, 1789).

Vaya por delante que Largo es escritor de raza. Ante todo, por su dominio del idioma, por su estilo cortante, lleno de sobrentendidos y nada prolijo, características todas ellas a favor de la amenidad, pero también porque escribe para publicar y publica para ser leído. Nada tiene, pues de extraño que, si su *Angelomaquia* no recibe el premio convocado por la Real Academia Española, al que se presenta en 1785, decida él publicarlo por su cuenta, ni que aproveche los saludos al lector al comienzo de alguna de sus obras para hacerse publicidad de otras, como hace en el *Variologio*, donde invita a la compra de la anteriormente citada, además de “*dos fabulitas poéticas del Grajo y la Paloma*”, que no he podido hallar.

Su condición de historiador palentino y de sociólogo “*ante litteram*” (dadas a conocer por mí en breve artículo para el primer número de la efímera revista *Palencia* 34) queda de manifiesto en la primera de las tres obras, bien conocida ya, gracias a la edición facsimilar a la que antes aludía, pero las otras dos obras son harto desconocidas y

no por suerte, ya que en ellas deja ver su condición de ilustrado preocupado por los problemas, también terrenales, de sus conciudadanos y el alto aprecio en que tenía su condición de poeta. En los dos casos, con su palentinismo por delante, ya que sus preocupaciones son despertadas por problemas típicamente palentinos, y su poema “heroico” a lo divino, está enmarcado (no sin forzar el argumento del poema y acudiendo a la doble narración) en un ámbito típicamente palentino: el de la tradición palentina de la leyenda de Santo Toribio de Liébana, tan ligada a la vida capitular y tan hermosa, al mismo tiempo.

Su *Variologio* es una obra miscelánea, en prosa y en verso, suficiente para retratar el carácter y las preocupaciones de nuestro canónigo. Comienza por, un tratado de “La piedra Pompeya”, inscripción romana descubierta en Palencia en 1786 que “para preservarla de otro fracaso”, se colocó “en la parte de muralla que se ha hecho de nuevo para construir el arco de las puertas llamadas de Mercado... y al lado de ella se puso también otra lápida que tiene los indicios de ser romana (p. 46). Largo dedica un estudio a su descripción y transcripción y termina con un “Romance” moral que comienza:

“Nobles ilustres vecinos
de la Ciudad de Palencia,
si queréis aprovecharos
oid lo que habla esta piedra...”

en versos que pone en boca de Cornelia, la dama de la familia pompeyana (mujer de Gneo Pompeyo) que dedica esta lápida a su hijo muerto con año y medio de vida y que manifiesta, de paso, su asentamiento, al menos por algún tiempo, en Palencia.

Sigue un “Elogio fúnebre en la muerte de D. Buenaventura Moreno, Gefe de Esquadra” y un curioso trabajo sobre la importancia de la enseñanza del cálculo a los niños y a los seminaristas, titulado “El Endymión del cómputo eclesiástico y del estudio aritmético”. De preocupaciones más terrenas e inmediatas habla en los tratados o artículos siguientes, el primero de los cuales se titula “Careza de las cosas y dinero envilecido” que habla de la inflación, mientras que, después de su “Sátira contra los coches”, que transcribiremos más adelante por

su excelente vena satírica, se ocupa largamente de las “Utilidades del Real Canal de Castilla”.

En éste, como en todos sus ensayos de carácter económico (con preocupaciones que todavía siguen siendo las nuestras), la postura de nuestro autor no se limita a ser informativa, sino que es también profundamente crítica, manifestándose siempre a favor de lo que él considera más beneficioso para el trabajador palentino y que, según él, coincide siempre con favorecer el libre comercio y evitar al máximo las ordenanzas y cortapisas de la libertad de acción, muy en consonancia con la mayoría de las tendencias económicas de nuestro tiempo. No puede negársele, pues, el carácter de la modernidad y del progresismo. Por si fuera poco, escribe siempre con gracia y excelente estilo y con donosura hasta en sus erratas.

Las utilidades del Canal de Castilla están vistas con lucidez:

“Los caminos intransitables por el invierno se salvarían, siguiendo el curso del canal con las Barcas de transporte; y llegando a Herrera, tendría el tráfico de los granos una Escala, o Almacén, desde donde los Montañeses con la abundancia de sus Carros los transportarían a Reynosa, la Requejada, o Santander: pues a la verdad bajan hasta Herrera de buena gana, y con repugnancia de allí abajo.

Serían muchos frutos preciosos, que son ahora viles en tan corta distancia: un carro de paja valdrá tres reales en Campos, cuando en Herrera treinta: una arroba de carbón en Campos cuatro reales, quando en Herrera un real. La Montaña cebaría sus ganados con la paja, que Campos consume en los hogares: y vése la grande ventaja de tan diversa inversión. No sería maravilla que enrojándose o calentándose en Campos los hornos con la salvia, fuese algún día i traer de la China en retorno otras mercaderías y drogas apetecidas en Europa. La regaliz que inutiliza en Rioseco algunos campos, el espliego sahumero de pobres, la rubia silvestre aun no bien estimada, pudieran estos géneros avalados por el Comercio ser la ocupación y socorro de la gente pobre en el calamitoso invierno. Los vinos, los aguardientes y las carnes saladas empezarían a dar utilidad, poco que bajase el precio del transporte”.

Por soñar que no quede. Por desgracia, de las 21 leguas del total de la obra, aun faltan muchas de realizar, después de 31 años de trabajos y una obra de gran utilidad pública ha comenzado a hacerse popularmente odiosa. Una de las soluciones pasaría por no tener centralizados en Madrid los transportes de las obras:

“Según tengo noticias, el gasto de la Carretería pasa anualmente de ciento y veinte mil reales que no es pequeña partida, para disculpar los errores de los cálculos de los afamados Don Antonio de Ulloa y Don Francisco Sabatini.

No he podido saber a cómo saldrá la conducción del pie cúbico de piedra, que ponga la Carretería del Rey al pie de la Obra; pero podrá salir al mismo precio proporcional a que salió la carga de trigo al Rey en el año de 1755, en que, puesta una labranza de su cuenta y trahidos Labradores Valencianos que gobernaban el riego con mucho esmero y con mucha prolixidad y cortaban a tigrera en los Trigos las espigas espurias del centeno, logró el Rey que aquel año abundantísimo le saliese la carga de Trigo a doscientos reales, quando en el país se vendía a veinte y cinco reales.

Estas son las comunes resultas de las administraciones por cuenta de los Príncipes; alguna vez pueden convenir y alguna vez la bizarría del desperdicio será conveniente para alegrar los ánimos, como sucedió con aquella labranza galana que en aquellos primeros años del Canal vino a ser una Fiesta de los desposorios de Campos con las aguas del Canal, imitando a la Señoría de Venecia que los celebra con el Mar. No todo ha de ser una adusta y engarrafada economía y el hombre más austero arroja a la calle la confitura y avellanas del bautizo. Por esto se hizo entonces el Artillero de Villaumbrales, donde se fabricaron Barcas, Lanchas y Botes, que se han conservado como Caballos de regalo. Esto convino executario en el nacimiento del Canal, al bañar la primera vez con sus aguas la tierra sedienta y como fiesta y celebridad de un Bautizo, por semejanza”.

Sirvan estas dos largas citas como muestra de espíritu clarividente y crítico y de ánimo, si dolorido en el fondo, bienhumorado en la superficie.

Sigue su comentario “Sobre las Municipales Ordenanzas de Pastos y ganados”, tema en el que un carrionés, uno de los hermanos Fernández Otero se había constituido en la suprema autoridad europea en los siglos de la supremacía política de España. Se trata de la vieja y bíblica lucha entre pastores y labradores (en este caso entre el labrador y el viñador frente a los ganados lanares), lucha extendida hasta nuestros días por tantas películas del Oeste, en la que Largo toma partido a favor de los pastores, pero más que nada a favor de la libertad, aunque estudia los argumentos a favor y en contra de los intereses de unos y otros:

“Digo que la libertad es alma del comercio, de la agricultura, de la crianza del ganado y de todo tráfico. El mayor interés determina las vocaciones de los hombres; a éste se le ha de dexar correr por todo el campo de la justicia”.

El último ensayo trata “Sobre las municipales ordenanzas del vino” y en él hace su autor verdadero encaje de bolillos, para (siempre en defensa de la libertad de comercio y de industria y en contra del proteccionismo) encararse con el problema de las ordenanzas municipales protectoras de la producción y consumo de la producción vinícola local, siendo así que Largo ve en estas ordenanzas la verdadera causa de la pérdida del viñedo, después de descartar otras, como pudieran ser “Las Indias, las Guerras, las Religiones”. Todo ello, después de analizar detalladamente la situación, sobre todo de las tierras de Valladolid, en que el viñedo ha prosperado o, por el contrario, con el estudio de las causas del declive allí donde ha descendido. Largo halla otras muchas causas de la decadencia del cultivo de la vid, pero termina firme en su rechazo de la política intervencionista y de protección llevada a cabo por los municipios:

“Si las Ordenanzas exclusivas se derogaran, se vería andaba la rueda al rebés. El Vino estaría más barato, el Comercio más vivo, los comestibles por consiguiente a mejor precio, el consumo sería mayor y el gentío más, los obreros menos costosos: y, aunque todos estos milagros parecieran ser contra el Viñedo del Pueblo, se vería lo contrario, porque en este zarandeo de cosas le quedaría en limpio al Cosechero el beneficio y ahorro que se ha dicho, lo que no puede quedarle, no habiendo consumo ni obreros baratos. Por más que la Naturaleza en las mis-

mas Viñas nos enseñe la mejor máxima política, nuestra codicia no quiere imitarla, todo lo quisiéramos sin podar un sarmiento, para que los restantes den más fruto. Si el Vinatero se hubiera contentado con la ganancia regular, sin oprimir al Público; y, si este deslumbrado con la apariencia de una falsa utilidad no hubiera aprisionado al Vinatero, prohibiendo la extracción [o exportación] de sus vinos, ambos nadarían; y agarrados, se ahogarán ambos”.

Defender la libertad como medio para aumentar el consumo y con él la ganancia, es el remedio que nos vuelve a proponer D. Domingo.

Pero la finalidad de estas páginas no es la de dar a conocer las muchas ideas económicas concretas, aplicadas a Palencia (y aun a la Tierra de Campos) por nuestro autor. Esa es tarea para un historiador de las ideas económicas. Lo que yo pretendo ahora es asomar a la ventana de la actualidad a un autor de un siglo XVIII palentino que pudiera parecer yermo. Y, como suele acontecer tantas veces, si algo le importaba de verdad a Don Domingo Largo, era su condición de poeta, de poeta academicista, pero inspirado; de poeta no lugareño, pero de apasionado palentinismo. Del canónigo Domingo Largo, hay que resaltar su faceta de poeta sólido, buen dominador de la técnica poética, bien dotado de aliento poético y buen seguidor de las corrientes neoclásicas y académicas de su tiempo. Lo hare con sendas muestras (difíciles de encontrar por los lectores de nuestros días) de dos de sus aspectos poéticos: el de poeta satírico y el de poeta heroico.

El primero resalta en una sátira, que se apoya en una pragmática de Carlos III, bien distinta de la “Pragmática... en que se prohibió andar coches...” en tiempo de Felipe II (impresa en Madrid por Pedro de Madrigal en 1594), ya que la “Pragmática sanción sobre mulas, caballos y toros y sobre coches” de 14 de noviembre de 1785, en tiempos de Carlos III, iba dirigida sobre todo al fomento de la cría caballar y no a salvaguardar la seguridad y tranquilidad de los, ciudadanos, si bien el canónigo palentino lleva la lección moral por el camino de sus intereses.

SATIRA CONTRA LOS COCHES

Quien tiene por vecino a un pobre herrero
maldice de los golpes del martillo;
y quiere citar leyes con que echarle
fuera de la Ciudad, por mal vecino.
Atraviesa las calles de la Corte
un coche que atormenta los oídos
*“y todos le toleran porque al Coche
le autorizan los Nobles y los Ricos”.*

Si un felpudo sacude una criada
y volando las pajas y el polvillo
ofende a los que pasan por debajo
la llenan de dicterios y de gritos.
Nubes de polvo va arrojando un Coche
que atraviesa el paseo en seco estío
“y todos le toleran...”

Quien moviera una piedra de una calle
fuera reo de escándalo preciso
e imputándole todos los tropiezos,
cuando menos, le hecharan a presidio.
Pasa un coche que va desempedrando,
llenando de tropiezos el camino
“y todos le toleran...”

Si quatro hombres de bien están hablando
y alguno fue a romper por el corrillo,
mucho habrá que vencer con la prodencia,
para que no le den su merecido.
Rompe un coche corrillos y asambleas
del cochero insolente al feroz grito
“y todos le toleran...”

Aquel que desonrrara al hombre bueno
haciéndole tomar un vil oficio,

por todas las familias y linages
fuera el abominado y el maldito.
La librea de un Coche ha desonrrado
Gallegos y Asturianos infinitos
“y todos le toleran...”

Quien tuviera en la calle un aposento
en donde el uno y una recogidos
pudieran delinquir muy fácilmente,
la corona en su testa hubiera visto.
Es un coche la bóveda que nombre
dar pudiera al carnal impuro vicio
“y todos le toleran...”

Quien quitara a los pobres la limosna
y al Mercader negara lo debido,
peste de la República saldría
arrojado de todos los dominios.
Un coche niega al pobre la limosna
y niega al Mercader ropa y vestidos
“y todos le toleran...”

Porque la Grecia vio a sus cazadores
por dar pan a sus perros, consumidos,
fingió que a un cazador sus propios perros
le comieron en Ciervo convertido.
Un Coche se mantiene de las carnes
de Ciervos en que vuelve a los Maridos
“y todos le toleran...”

Las armas y caballos los Romanos
quitaron a la España allá en lo antiguo,
porque a los caballeros hacer hembras
es vencer para siempre al enemigo.
Un Coche nuestros nobles afemina,
los deja sin valor, fuerza ni brío
“y todos le toleran...”

Quando andaban en Mula los letrados
y era una sola Mula en tres lucido,
ya las leyes temieron se acabase
de caballos el género castizo.
Hoy un Coche tirado de seis mulas
a los Caballos hace mortal tiro
“y *todos le toleran...*“

Averiguar quisieran los curiosos
en qué consiste que el presente Siglo
ingenios no produce tan valientes,
tan sólidos, sutiles y macizos.
Enseñónos el Coche a ser poltrones,
débiles, perezosos y encogidos
“y *todos le toleran...*“

Pero Carlos Tercero no tolera
del Coche los estragos y perjuicios;
y en parte los remedia este año mil
setecientos con más ochenta y cinco.
Y el remedio total pondrá, obligando,
(como lo sabe hacer, siempre benigno)
a los mancebos Nobles y esforzados
a montar a Caballo de continuo.

El Príncipe animoso de acaballo
aumentará a la Corte gala y brío;
y a su exemplo los Nobles cortesanos
cada qual por su parte hará lo mismo.
Respirará la Corte nuevo aliento,
nacerán sobre robles los Narcisos;
peñas inaccesibles darán rosas
y azucenas también darán los riscos.”

Como poeta heroico, escribió Largo *La Angelomaquia o Calda de Luzbel* como “poema de ensayo para merecer el premio prometido y suspenso por la Real Academia Española por Manuel Pérez

Valderrábano”, que se imprimió en Palencia, en la oficina ya nombrada arriba, en 1786. La herida que, justificadamente, le produjo el hecho de que la Academia dejase desierto el premio respira en el “Prefacio” de esta edición y, como ya hemos dicho, en alguna otra parte de sus trabajos impresos. La Academia había venido proponiendo premios para poetas desde 1777 “y, para el próximo pasado de 1785 propuso por tema: *La Caída de Luzbel*”, poema que no había de pasar de cien octavas. Parece que a juicio de la Academia no se presentó obra que mereciese ser premiada; y por tanto hizo publicar en *Gazeta de 25 de Octubre* de dicho año la suspensión del premio”.

Es probable que, en la decisión de la Academia (habría que acudir a las actas de la misma) pesara inevitablemente la comparación con la obra maestra de John Milton, pero la comparación se suponía inevitable, desde el punto y hora en que se convocó el concurso con el tema propuesto. Al publicar su poema, Largo no decide -al menos, según su confesión más bien retórica, claro está- “apelar de la Academia al Público”, “ni la casualidad de que se acabe de publicar el poema de *Las Naves de Cortés*, obra póstuma de Don Nicolás Fernández Moratín, que no fue premiada, dará justo fundamento para creer que se aumenta el número de los mal contentos de la censura de la Real Academia”, sino (siendo también obligado tener en cuenta dichas razones), porque el autor juzga razonablemente su poema como digno de interés, original (en su tiempo) y de calidad suficiente para ver la luz, adornado además de notas explicativas que ayuden a comprender las alusiones y hasta las imágenes que envuelve en celajes la imaginación y el lenguaje poéticos. El mismo autor nos presenta su poema:

“Ahora se hablará un poco del poema que es a mi entender una Epopeya doble, revestida, forrada o incrustada en otra y pueden llamarse interior y exterior. Esta tiene por héroe a Santo Toribio de Liébana, cuyas montañas se bosquexan con un Valle, en él un Monasterio y poco más abaxo la Gruta del Santo;... y, con motivo de una célebre romería que se dice hacerse cada año al Monasterio, las gentes del concurso ruegan al Abad y monjes que obliguen a Toribio a recitar o predicar algún pasage de la Sagrada Escritura”.

He aquí lo mismo dicho en sonoras y bellas octavas:

I

“Al Septentrión de España hay un Desierto
tan cubierto de peñas escarpadas,
como en el largo invierno está cubierto
de las nieves perpetuas congeladas
que ni en los grandes días descubiertos
lugar dexan ni suelo a las pisadas
del dudoso asustado pasajero
que resbalando sigue su sendero ...

XIV

En la altura sentados los ancianos
y en la yerba la turba acomodada,
los vientos se suspenden cortesanos
y el silencio la voz tiene embargada,
si de Sátiros no, ni de Silvanos,
del músico escuadrón y turba alada;
pues que todo enmudece y calla todo,
quando Toribio empieza de este modo:

XV

Antes que huviese tierra o Cielo huviese,
antes de haver materia y también antes
que otra mente o espíritu existiese,
antes que tiempo huviese, huviese instantes,
allá en la eternidad, fuese qual fuese
este abismo de antes y más antes,
Dios era, Dios vivía, Dios reinaba
y nada a su grandeza le faltaba”.

En los tres cantos que llenan las cien octavas, Largo mantiene la musicalidad y el tono elevado del poema y cuida muy mucho de atenerse a las tres unidades (de acción, de tiempo y de lugar) tanto en la llamada epopeya exterior, que narra el poeta, como en la interior, que pone en boca del santo ermitaño Toribio. Como muestra de la calidad

poética de la obra, que la Academia no juzgó digna de ser tenida en cuenta, vale la pena transcribir la batalla final en la que Luzbel es derrotado y que debe pasar a la antología de la poesía palentina de todos los tiempos:

LXXXII

“San Miguel que tenía a su costado
al Angel Trompa de robusto aliento,
manda a silencio toque y atronado
dejó al mundo aquel bélico instrumento.
Calló y pausó el dulcisono causado
del continuo celeste movimiento
y, en profundo silencio el Orbe puesto,
se leyó en alta voz un Manifiesto.

LXXXIII

El Criador (decía), el Dios eterno
que a Lucifer creé y sus partidarios,
dándoles liberal mi amor paterno,
las gracias y los dotes necesarios
para vivir en gozo sempiterno
de que ellos abusaron temerarios,
insolentes, soberbios y traidores,
indignos de mi herencia y mis favores.

LXXXIV

Porque sea respetada mi justicia
y tengan escarmiento los delitos,
condeno a fuego eterno la malicia
de Luzbel y de sus socios malditos.
Arrójeles mi angélica milicia
del Cielo, posesión de mis Benditos
y permito que en guerra se defiendan,
porque su vanidad mejor entiendan.

LXXXV

Asi como un bochorno y calma ardiente
la bandada de páxaros sofoca,
y el ahogo continuo y permanente
les hace abrir las alas y la boca,
la diabólica turma una ansia siente
que en deliquio yu desmayo el suelo toca.
Tan cierto es que, si Dios niega su influxo,
todo a polvo y a nada lo redujo.

LXXXVI

Gábriel a Lucifer dijo a este punto:
mira, si Dios es fuerte y poderoso;
mira si de sus obras el conjunto
es perfecto, admirable y armonioso;
y Rafael le dice al mismo asunto:
está en Dios la salud, vida y reposo
y si no en tu congoja lo estás viendo;
mas después San Miguel siguió diciendo:

LXXXVII

Tú del libre albedrío murmuraste,
por ser con las pasiones combatible
y a la virtud quitabas el contraste
a quien méritos presta la irascible
y de gracias y auxilios blasfemaste.
Mas, siendo en tus errores inflexible,
yo, adorando de Dios la providencia,
no te exhorto, executo su sentencia.

LXXXVIII

Al momento, embrazando el fuerte escudo,
en que un sol con sus rayos se retrata,
y el acero purísimo desnudo
que nudos y coyundas desbarata
empuñando, elevó el brazo nervudo
y a Lucifer, el golpe que dar trata,

sin duda que le hubiera dividido,
a no haberse entre sombras escondido.

LXXXIX

Lucifer, que se vió en libre campaña,
á sus gentes incita á la pelea;
y recobrando brio, enojo y saña,
corre, vuela, su ejército rodea:
y del dolo, del fraude, ardid, y maña
instrucciones vá dando á su asamblea;
y á las fuerzas, que advierte superiores,
opone sombras, nieblas, y vapores.

XC

El diabólico campo se atrinchera
con fosos, con reductos, y estacadas,
(no de piedra, de cespéd, ni madera)
de sólidas tinieblas fabricadas;
y minas en los clavos de manera,
que puedan facilmente ser voladas;
sin cesar disparando los bastiones
absurdos y sofismas á millones.

XCI

De una parte Manmonio piedras llueve,
que quanto más preciosas, son más duras:
Beelfegór un mortal veneno embebe
en manzanas doradas, pero ímpuras:
á ponzoña peor Moloch se atreve
de mancebos envuelta en las figuras:
Baal intenta con redes muy sutiles
dar á Asmodéo presas juveniles.

XCII

El peligro mayor fue una salida,
que astuto Lucifer por obra puso,

bañando en resplandor á una partida,
con lucidos arneses, que él dispuso,
y al angélico campo conducida
en él hería con tropel confuso;
pero fue rechazada con la seña,
que á distinguir de luces les enseña.

XCIII

Lucifer más que todos trabajaba
de todos esforzando la malicia
con nuevas confecciones, que inventaba
en mistos de torpeza y de injusticia;
y á los Angeles tanto molestaba
que por no exponer más á su milicia,
San Miguel enarbola sus vanderas,
y al enemigo enviste
en sus trincheras.

XCIV

Cada Angel con una hacha luminosa,
y mas que el mismo Sol resplandeciente,
acometen la estancia tenebrosa;
mas la sombra y el humo renitente
resistian á luz tan poderosa;
y en peligro se vieran inminente,
si el sacrosanto Pnéuma no sopláse,
y las sombras y nieblas disipase.

XCV

Entonces se descubren á la vista
monstruos trifauces, polycornias fieras,
Ceraste de dragon y grifo mixta,
las Hydras, las Esfinges, y Quimeras:
mas los Angeles ván á esta conquista
con alas tan veloces y ligeras,
qual vando de palomas, que á dar vino
sobre el grano arrojado en un camino.

XCVI

Vencen, rinden, amarran, y aprisionan
á los monstruos, espíritus feroces,
que maldicen, reniegan, y baldonan,
comenzando a sentir penas atroces;
pèro, mientras los Angeles pregonan
victoria por su parte á grandes voces,
San Miguel, y Luzbel con acre vuelo
reñian el más arduo y crudo duelo.

XCVII

El Arcangel tenía entre sus brazos
al Dragon sofocado turbulento;
quando éste se le enrosca, y en sus lazos
le hiciera padecer cruel tormento,
si el Arcangel rompiendole en pedazos,
á sus pies no le echára sin aliento:
apretandole entonces las cadenas,
con que há de padecer eternas penas,

XCVIII

Vencidos yá los Diablos y ligados,
y en los Cielos abierto un precipicio,
fueron todos por él precipitados:
y asi como el altísimo edificio
la basura y escombros arrojados
dán de su gravedad al ayre indicio;
Lucifer condenado á fuego eterno
cayó en lo mas
profundo del Infierno.

XCIX

Decir ésto Toribio, y sepultarse
en las ondas el Sol, todo fue uno:
como tambien el cielo encapotarse,
y al trueno y al relámpago importuno
toda la Romería alborotarse,

procurando salvarse cada uno,
al ver yá de los cerros y collados
muchos troncos y arroyos despeñados.

C

Vistió el Abad la Estola, y con la diestra
el aspersorio empuña, y al conjuro
la tempestad calmar un tanto muestra:
pero siéndoles puerto mas seguro,
del Monasterio el rumbo se demuestra,
á donde fué Toribio en éste apuro,
cantando una devota Letanía,
con que á salvo llegó la Romería.

Las ochenta y ocho notas críticas con que el autor complementa su poema, constituyen todavía una sabrosa lectura y sirvieron para ayudar al lector de entonces. Porque, con la gracia viva y pintoresca de la narración popular y de la imaginaria devota, pero con el tono elevado de la buena retórica, del lenguaje dócil y de la inspiración fresca, el canónigo palentino hace una poesía para consumir, para ser leída, “para tener divertidas útilmente las concurrencias nocturnas en lugar de los naypes sedentarios y de los bayles perpetuos sin intermedios instructivos... Por caminos tan suaves podría llegar el público de la nación a mayor dulzura de costumbres y a la instrucción apacible que tanto honra y agracia a las Sociedades cultas”.